

escrito a máquina

Notas de viaje

La tumba de Virgilio

En Puzzuoli, orillas de Nápoles, puede el viajero detenerse frente a una sencilla tumba romana en forma de templete y leer este epitafio: "Mántua me genuit; Calabri rapuere; tenet nunc Parthenope; Cecini pascua, rura, duces." (Mántua me engendró; me retuvieron los de Calabria; ahora me posee Nápoles. Canté los pastores, los campesinos y los caudillos).

Es la tumba de Virgilio.

Aún no he valorado lo que pueda deber a este poeta latino, finquero y agricultor, en el derrotero que siguió mi poesía. Las cosas que suceden en la infancia tienen repercusiones incommensurables. De niño,

posiblemente incitado por mis primeras clases de latín, o tal vez aconsejado por mi padre, leí a saltos como un juego, entre aburrimientos y sorpresas, las "Geórgicas". Aún conservo ese viejo libro con señales a lápiz en los versos que deben haber gustado a mis ojos de pequeño finquero: "los chivos adversarios topando sus cuernos", "las grietas bostezantes", la ternera que "con abierta nariz sorbe los vientos"...etc. Eran referencias poéticas a la vida del campo, que sin duda me empaparon, desde entonces en la mística relación de amor con la naturaleza que brota de Virgilio (aunque no dudo que, en este caso, llovía sobre mojado, porque la comunión con la naturaleza es una de las características de nuestro pueblo agrario y se manifiesta a través de toda la poesía nicaragüense).

Además Virgilio, me enseñó en su lectura, no se en qué medida, las tres que yo juzgo principales lecciones humanistas del gran poeta mantuano: 1) Su pasión por las cosas, es decir, la valoración de las cosas en sí mismas por insignificantes que sean, la observación de sus detalles, y la inquietud por sus causas: "Felix qui potuit rerum cognoscere causas!", dice su verso: ¡feliz el que puede conocer la causa de las cosas! 2) Su culto por el lugar; es decir, el sentimiento de vinculación con esa dulce cápsula del ser que es el lugar; el sentimiento de que las fronteras de la persona no terminan en la piel sino que se expanden en comunión con ciertos sitios y paisajes, sobre todo aquellos que se asocian a los recuerdos de la infancia o a ciertas intensas vivencias del hombre. El solo nombre de ciertos lugares —el lago Lario, las riberas del Mela, Capua, Mántua la sin ventura— tiene una vibración poética casi religiosa en Virgilio. 3) Su capacidad de compasión, virtud cristiana antes del cristianismo que le permite, en los crueles tiempos de un cruel imperio, incorporar a su poesía el sentimiento de simpatía hacia el dolor humano y percibir la entonces inaudible queja del humilde.

Atravesando los campos que Virgilio cantó —en cuyo fondo se yergue, como en los horizontes nicaragüenses, la amenazante silueta azul de un volcán: el Vesubio— puede el aire, que mueve las mieses y las encinas, repetir viejos exámetros. Casi se

oyen: "Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus". ¡Salve, Saturnia tierra, madre fecunda en mieses...!". Tal vez se inventarán mañana aparatos electrónicos de una arqueología acústica que recojan, debajo de capas y capas de palabras, las más nobles voces que llenaron la historia. Porque, como se preguntaba Alfonso Cortés: ¿existe el tiempo?... El tiempo de Virgilio tiene una profunda analogía con el nuestro. El tiempo de Virgilio —"al filo del nacimiento de Cristo"— marca una de los momentos de cambio de mayor angustia en la historia de Occidente. No sólo en Roma sino en toda su zona de influencia, se sentía materialmente (basta leer a cualquier historiador de esa época) el crujido de un mundo viejo q' se hundía deshecho a discordias, mientras se abría paso, entre dolores de parto y sangre, lo nuevo. Surje, entonces, la paz de Augusto y se alza el edificio, al parecer imperecedero, del Imperio de Roma. Virgilio, arrebatado por la profecía, augura en su Egloga IV: "Ultima Cumaevi venit iam carminis aetas"...

"ya es llegada la edad postrera del oráculo de Cumas, ya comienza una nueva gran serie de siglos, ya la Virgen regresa y torna el reinado de Saturno, ya descende una nueva generación de la celeste altura, este niño que nace, verá terminar la Edad del Hierro y surgir por el mundo una Edad de oro..."

¿Quién es ese niño? ¿El hijo de Octavio, sobrino del Emperador? ¿El hijo del Procónsul? ¿Quién? - Veinte siglos lleva el mundo discutiendo la respuesta. Lo cierto es que cuando el poeta escribía en Italia su poema, un niño pobre, hijo de un carpintero (de un tal José, diría Mejía Godoy), pero perseguido por reyes desde su nacimiento, nacía en un establo en un pueblito marginado de Israel. Magos de Oriente ven entonces una estrella... Algo flota en el ambiente que le hace sentir al hombre —en Roma, en Asiria, o en Jerusalén— la llegada de un tiempo nuevo. Como hoy. Como en el clima angustioso de nuestro tiempo, en que todo empuja al cambio; aunque son pocos (y algunos poetas) los que ven estrellas de esperanza.

Pero hay algo que acerca todavía más al poeta mantuano a nuestro tiempo y a nuestro pueblo. Dentro de la crisis de su época, Virgilio sufrió en carne propia el drama del campesinado de Italia, drama que nos deja percibir a través de sus "Bucólicas", sobre todo en la égloga primera.

Dos pastores dialogan. El uno, Títilo, suena su flauta bajo un árbol pensando en Amarilis, la muchacha que ama. Entonces Melibeo, su amigo, al oír la música llora, porque va a perder sus tierras despojado por la soldadesca. La alegría de los dos amigos se ve turbada por el despojo y el próximo exilio. Y dice Melibeo:

¿Volveré a ver mi choza de techo de paja?
¿Pasarán estos campos tan cuidados a un impío soldado?
¿Estos siembros pasarán a un extraño? ¡Mira la miseria que produjo la discordia!

¡Mira para quién sembramos estos campos!"

Detrás de la queja de Melibeo hay toda una amarga historia. Copio un texto:

"El triunviro Octavio-César, en el año 713 de Roma, dio orden de despojar de sus tierras a los campesinos de la región de Mántua para repartirlas entre los soldados que habían luchado por él en la guerra civil. La hacienda paterna de Virgilio tocó en suerte al centurión llamado Arrio y al verse despojado el poeta acudió al César implorándole la

devolución de lo suyo. Octavio, haciendo honor a la fama de Virgilio, ordenó se le restituyera, pero la soldadesca, insolentada, volvió a apoderarse de la finca de Virgilio y éste viose no solamente despojado de nuevo de ella, sino que estuvo a punto de perecer víctima de los soldados rapaces, teniendo que pasar a nado el río Mincio para salvar su vida. Apeló una vez más al Emperador y Augusto no sólo le devolvió sus tierras, sino que lo distinguió con su admiración y su amistad". Pero Virgilio no olvidó el dolor



VIRGILIO

de los demás. En sus églogas resuenan los lamentos de aquellos que sufrieron como él y que no tuvieron la suerte de encontrar justicia.

Y los ecos de su égloga aún resuenan. Pasan el mar. Llegan a América. Cuando bajan del Norte, o de Matagalpa o de Chontales humildes campesinos a denunciar abusos y despojos, cuando bajan los Catalino Flores, a quien la injusticia llevó a la rebeldía; cuando bajan los Leoncio García a solicitar amparo; o los Aráuz de Mancera (que nunca regresaron); o los Maldonado de la comarca de Castilla cuyo despojo clama al cielo; o las mujeres mártires de Cuá; o las viudas de Julián Ramos y de Pedro Granados, con sus rebosos negros denunciando el crimen en los juzgados; la égloga de Virgilio puede responderles ("Si quieres conocer TU historia, lee la de Roma, decía Mommsen): Allí donde el poder se basa en las bayonetas, las tierras del indefenso campesino irán cayendo en manos de quienes tienen las armas; en manos de los soldados y de los partidarios armados del César.

Recuerda esta tumba. Aquí yace un campesino cuya tierra la salvaron sus poemas. ¿Cuántos —en cambio— no tuvieron tierra ni siquiera para su tumba? ¿Cuántos —como canta su égloga— fueron a morir exilados a la caliente Africa, o a la lejana Escitia, o acabaron miserables en los suburbios de Roma?.

"¡en quo discordia civis produxit miseros...!"

¡Mira a qué miseria nos condujo el (estar desunidos)!"

PABLO ANTONIO CUADRA